

ARTÍCULOS ESPECIALIZADOS

# UNA LÓGICA DISTINTA

MARÍA GUADALUPE RODRÍGUEZ LÓPEZ

# UNA LÓGICA DISTINTA

El siguiente texto corresponde a la intervención de quien fuera directora del Archivo Municipal de Durango de 1998 hasta febrero de 2005, durante la presentación de los inventarios llevados a cabo con el apoyo de ADABI.

En primer lugar quiero agradecer al secretario del Ayuntamiento de Durango y a la titular del Archivo municipal quienes tuvieron la gentileza de invitarme a participar en esta ceremonia que, personalmente, me es muy grata.

Aunque básicamente fui convocada para hablar acerca de la elaboración y el contenido de uno de los inventarios que se presentan esta noche, yo quisiera también y, sobre todo, dedicar una parte de mi intervención para hablar del origen de la ayuda al Archivo municipal y empezaría lanzando al aire una pregunta que, creo, nos permitirá dimensionar de una manera más justa el significado de esta reunión. Mi pregunta es ¿quién regala dinero a las instituciones? Con más precisión ¿quién dona recursos a una institución sin buscar un beneficio propio; pensando por el contrario, únicamente en el beneficio de la propia institución? Y todavía con mayor puntualidad ¿quién recorre mil kilómetros por cuenta propia, para traerle recursos al Archivo municipal de Durango? La respuesta para el personal del Archivo, para el secretario del Ayuntamiento y para una servidora es sencilla, y es una respuesta que tiene que ver con una historia de amor. Una historia de amor a los archivos, como es la historia de la doctora González Cicero y de sus compañeras de equipo en Apoyo al Desarrollo de Archivos y Bibliotecas de México, más conocida como ADABI. Es, además, una historia que, a quienes nos vimos beneficiados con ella nos es obligado divulgar.

Quiero comentar con ustedes la parte que a mí me tocó vivir de esa historia, siendo encargada del Archivo municipal.

La doctora González Cicero, como directora del Archivo General de la Nación, había conocido nuestro acervo y las condiciones en que éste se encontraba. Un buen día del año 2003, presidiendo ya ADABI de México, asociación preocupada por la vida de los archivos municipales, nos ofreció un donativo destinado a equipar nuestro archivo.

El donativo era a cambio de terminar, en diez meses, un inventario que ya veníamos realizando; esto era, clasificar dos secciones del archivo, describirlas mediante la elaboración del inventario y capturar la información; es decir, era a cambio de darnos a nosotras mismas, de darle al archivo, al municipio y finalmente, a Durango, un resultado del que, además, ADABI realizaría el cuidado y gastos para la edición.

Aquello era algo poco menos que increíble; y en medio aún de nuestra incredulidad, recibimos, en febrero de 2003, un primer donativo de cincuenta mil pesos, algo insólito para el Archivo municipal, acostumbrado a no figurar en las prioridades de los programas de gobierno.

En aquel momento el Archivo contaba con una computadora adquirida con el producto de una rifa realizada por el personal y con otra prestada por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Juárez de Durango.

Aquella suma permitió dotar de una infraestructura material básica al Archivo; las sillas de lámina fueron desechadas, se adquirió una buena computadora, un escáner, una copiadora, una impresora, una mesa, algunos estantes y otras cosas que representaban los recursos mínimos para la obtención de resultados en el tiempo comprometido. Pero, es necesario decir que tan importante como la infraestructura material de que se nos dotó, fue esa especie de infraestructura moral, de base anímica que aquél donativo nos significó.

En ese año el Archivo se convirtió en la oficina mejor equipada de todo el Ayuntamiento, tenía un espacio digno y un objetivo preciso. En esa medida, los recursos recibidos llegaban como un recordatorio de que lo que el Archivo custodiaba era de capital valía. Y en esa medida, también las trabajadoras del mismo sentíamos nuestra función valorada y reconocida.

Al año siguiente, en 2004, el Archivo recibió de ADABI otro donativo de \$50,000, en apoyo a su sección Fototeca y en este año 2005, recibió uno más por cincuenta y cuatro mil pesos para que al concluir este último proyecto el Archivo esté completamente inventariado.

Como investigadora y como ciudadana creo que lo que pueda yo decir será insuficiente para agradecer apoyos tan generosos, porque, además, la intención de ADABI y de todos quienes trabajan en ella, no es la obtención de reconocimiento -que nunca está de más-, sino que su pretensión es lograr sensibilizar a los gobernantes y a los ciudadanos de la importancia de los archivos y de la necesidad de cuidar, proteger y divulgar el contenido de los mismos. Una retribución del tamaño de esa intención será pues, ir a conocer el Archivo municipal y brindarle apoyos ciudadanos e institucionales sostenidos.

Contada a grandes rasgos, esa historia de amor, les comentaré brevemente acerca de la Sección Cabildo (1807-1926), editada en disco compacto. Esta sección me correspondió a mí ordenarla, describirla y realizar la captura.

Si la vida y la vista fueran eternas, yo hubiera seguido capturando información del Archivo municipal, pues, sin duda, es otra forma de aprender historia. Trabajar la Sección Cabildo fue una inmersión en el quehacer cotidiano de los integrantes de dicho órgano. A medida que ordenaba la documentación, iba viendo el surgimiento, la desaparición y la importancia, en cada momento, de las diferentes comisiones. Cada comisión me iba indicando qué asuntos y en qué momentos iban siendo de mayor importancia para la institución municipal, como un reflejo de las necesidades, del crecimiento y de las transformaciones de la vida ciudadana.

Una de las comisiones más tempranas y de mayor permanencia fue la de Diversiones públicas, la que en sus registros nos va dando cuenta de las actividades y de los espacios de diversión de los duranguenses y de cómo fueron variando a lo largo del siglo XIX y los inicios del XX. Las corridas de toros, los coloquios, las pastorelas, las peleas de gallos, las funciones de prestidigitación, de teatro y de comedia, de maroma, las conocidas mesas de billar, las funciones de gimnasia y ocasionalmente cosas extraordinarias como la elevación aerostática de un globo, el circo, los alambristas, los acróbatas, los títeres eran las diversiones primeras y, en general, las que, con variaciones, se presenciaron durante todo el siglo XIX.

En los años setentas inicia el panorama o los llamados cuadros de vistas, para, posteriormente hacer su aparición el cinematógrafo que fue la novedad de los últimos años del siglo; la comisión de Salubridad así como daba cuenta de la matanza anual de alacranes, también daba cuenta y razón de los burdeles, y de su control y de cómo éstos también se transformaron y ampliaron su cobertura como resultado del progreso alcanzado en las últimas décadas del siglo XIX.

La formación de la comisión de Relojes Públicos nos habla de la forma en que se hacia presente el progreso, adjudicándole un nuevo valor al tiempo e imprimiéndole un ritmo nuevo a la ciudad.

Trabajar con los documentos de cabildo, fue, pues, impregnarse de la historia de la ciudad. La plantación de alamedas, la modelación de las plazas, la importancia del agua, de las huertas y de las acequias, la función de los serenos, la modernización del alumbrado público, el paso de la piedra al pavimento y de los carretones y carruajes a los coches y tranvías, de todo ello y mucho más nos hablan los papeles del cabildo, que como los documentos del Archivo municipal en general, registran la construcción de esta ciudad por la que transitamos día con día y vemos como se transforma, ahora con palmeras, ahora con vialidades que aceleran el paso, y de todo ello dará cuenta a las generaciones venideras un archivo cuidado y protegido.